FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR (A)
Homilía del P. Ignasi M. Fossas, monje de Montserrat
8 de enero de 2017
Is 42, 1-4.6-7; Sal 28, 1-2.3ac-4.3b.9b-10 (R .: 11b); Hch 10, 34-38; Mt 3, 13-17

Queridos hermanos y hermanas: la fiesta del Bautismo del Señor, con la que se termina el ciclo de las fiestas de Navidad y Epifanía, nos pone una vez más ante el misterio de Nuestro Señor Jesucristo. Él es el Mesías, la Palabra de Dios encarnada, el Siervo de Dios prometido por el profeta Isaías, el amado de Dios en quien se ha complacido.

Quisiéramos hacer resonar claramente en nuestro entorno el anuncio del apóstol Pedro inmediatamente después de Pentecostés y que hemos oído en la segunda lectura: *Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.*

Jesús de Nazaret saliendo del agua del Jordán, tras el bautismo de Juan, nos evoca la figura de Adán, el primer hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza. El primer Adán es la figura del hombre caído, de la persona que usa mal su libertad queriendo ser como Dios, y como consecuencia cae en el miedo y en una imagen equivocada de Dios. Cuando Dios busca Adam, después del pecado original, lo llama y le dice: *"¿Dónde estás?*", éste le responde: *"He oído tu ruido en el jardín y, porque estaba desnudo, me dio miedo y me escondí"* (Gen 3, 9-10). Por nuestra condición humana caída, todos llevamos en el corazón ese miedo equivocado de Dios. Y esta es la herida original de la que nos viene a salvar Jesucristo. Él devuelve a la humanidad el primer designio de Dios. Él es el nuevo Adán, que ha recuperado para nosotros el conocimiento de Dios, la pacificación consigo mismo, la alianza con los demás y la inmortalidad. Él es el que nos da el Espíritu de Dios que *manifestará la justicia a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no lo apagará. Manifestará la justicia con verdad. No vacilará ni se quebrará, hasta implantar la justicia en el país.*

En Jesús de Nazaret se cumple la profecía de Isaías, que hemos oído, y llegan a su plenitud todos los oráculos de los profetas del Antiguo Testamento. Él es el hombre nuevo, que devuelve la humanidad al plan de Dios. Él nos había creado a imagen y semejanza y en Jesucristo ha restaurado su imagen que se había dañado. De alguna manera, en el bautismo de Jesús se revela también el misterio de Dios-Trinidad. Por eso, cuando Jesús salió del agua del Jordán, el cielo se abrió, Juan *vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una luz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco»*. El nuevo Adán tiene el rostro de Cristo, conoce a Dios verdaderamente y ha perdido el miedo de encontrarlo y de responderle libremente, porque es Dios hecho hombre. Es más, en Jesucristo, hemos aprendido a decir a Dios: Padre, a reconocer al mismo Jesús como Hijo y al invocar al Espíritu Santo, Señor y dador de vida.

El plan de Dios para salvarnos del miedo, del pecado y de la muerte, no se detiene sólo a mostrarnos la belleza y el esplendor del nuevo Adán, saliendo del agua. Esto sería poco para satisfacer los deseos profundos de nuestro corazón. Dios quiere salvarnos restaurando en nosotros la imagen y semejanza originales, es decir volviéndonos a crear en el nuevo Adán, en Jesucristo. Esto es lo que ocurre en el bautismo cristiano: somos sumergidos en la pasión y la muerte de Jesús para resucitar a una vida nueva con Él. Somos ungidos y somos señalados con el don del Espíritu Santo y somos constituidos hijos adoptivos de Dios. Y Dios repite sobre nosotros las

palabras del profeta Isaías: *Yo, el Señor, te he llamado en mi justicia, te cogí de la mano, te formé e hice de ti alianza de un pueblo y luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la cárcel, de la prisión a los que habitan las tinieblas.* Tal como escribía San Pablo: *Todos los que hemos sido bautizados en Cristo, hemos sido revestidos de Cristo* (Gal 3, 27). *Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él* (Rm 6, 8). Este es el destino al que estamos llamados. Este es el plan de vida que Dios ha diseñado para nosotros. Este es el designio de paz, de libertad, de alegría y de vida que nos ofrece. Pidamos el don del Espíritu Santo para aceptar el vivirlo con agradecimiento y con confianza.